

PRESAGIOS DEL INSOMNIO

ARTURO HERNÁNDEZ GONZÁLEZ



Arturo Hernández González

**PRESAGIOS
DEL
INSOMNIO**



Presentación

La poesía de Arturo Hernández González es luz que se desvela en la metáfora y teje un sueño de acerba lucidez, sensible encanto; hilo de versos que nos conduce a través del oscuro laberinto de los días, pues el tránsito diurno es muchas veces una penumbra de negación y huida. Es así como el poeta se resiste al sopor de una cotidianeidad indiferente, dilata la noche en sus pupilas y nos abre los ojos a una vigilia de clarividencias: veinte poemas como verdades, que tañen la urgencia de despertar al mundo, desnudos de cinismo.

Presagios del insomnio transcurre en un tiempo circular. El lenguaje se vuelca sobre sí mismo para intentar nombrar certezas interiores. Es difícil atrapar la verdad que, como la belleza, se escurre entre vocablos. Sin embargo, Hernández González lo logra: «*Todo lo que regresa del olvido se humilla en mí, en mi voz acostada junto a la mujer que amo...*». Su poesía gira

en torno al misterio y lo atraviesa: *«Somos esa migaja de lenguaje que alcanza la gravedad, el juego de la masa y el volumen, la inesperada vocación del habla».*

Quizá para el poeta, el vacío es la soledad de quien presiente los finales y se duele en su descarnada comprensión: *«Dispongo todavía de un consuelo: mi alma, deliberada y simple, observa el nacimiento de las destrucciones sin participar del colateral ludibrio que tanto anhela el miserable».* Duele viajar a los “países de la medianoche” porque en ellos la luz se torna ineludible; no podemos más que ver lo que nos hierde: *«Es terrible no temer a equivocarse al decir que alguien, en algún lugar, es asesinado simplemente por haber nacido».* En estos versos, como en muchos otros, andamos el cansancio terrenal del poeta; dejamos de ser meros sonámbulos de la existencia.

La esperanza no es suficiente y el amor es una libertad incierta. A veces, la poesía no es promesa, ni futuro. A veces la poesía es tan sólo un destello de presente. Quizá nos quedé entregarnos a la “silenciosa pedagogía de los sueños”, comprometer nuestras huellas y hacer “transparente el movimiento imaginario entre las ideas y los actos”, es decir, practicar esa

coherencia poética que Arturo Hernández nos revela con maestría, desde el asombro visionario de sus versos.

María Gabriela Lovera

Prefacio

Presagios del insomnio de Arturo Hernández González es un libro de la experiencia individual teñida de melancolía y de atmósfera crepuscular: «*Escribo el tiempo / con los huesos de los pies, / con su soledad vagabunda y sucia / contrahecha de charcas y raíces*».

Los versos son libres, el tono lírico y las descripciones altamente sensoriales: «*Llueve todavía / dentro del cuerpo de mis sueños; / si adelantas el rostro / entre la piel onírica de la penumbra, / podrás verlo*»... El Poeta busca dentro de sí rincones tranquilos, calcados del mundo, y lugares conocidos para el alma en los que refugiarse. La suya es una poesía culta, que se caracteriza por una concisión absoluta y un lenguaje preciso. La palabra está —sin ser nunca oscura o críptica— en perfecto equilibrio.

Entre ecos simbolistas —y citas de poetas contemporáneos imprescindibles como Eduardo Lizalde—, Arturo Hernández González utiliza figuras

retóricas excelsas para crear un universo metafórico poblado de detalles y colores precisos, vívidos y exactos. *«En los íntimos espejos de las casas / suceden cosas secretas, profundas, / diferentes radicalmente del hecho / intransigente de la Historia relatada»*. Y es por esto que esta Poesía se convierte en una compensación y, con respecto al mundo circundante, en una necesidad de llenar el vacío, en la descripción privada de un exótico mundo interior, en comparación con el mundo exterior que casi se convierte en una “comedia humana”: *«Este mundo exige / la paciencia del aire, / de lo que se rasga / contra el idioma filoso / de las cancelaciones...»*

La poesía es, para Hernández González, una forma indispensable para percibir el mundo y para relacionarse con él en una dimensión profunda y escondida, satisfactoria. Esta Poética, de una exactitud y una sobriedad expresiva impresionante, deja atrás todo sentimentalismo, toda emoción demasiado fácil. Lo cual parece coincidir además con una lectura de cuestiones ya definitivas y estrictas con las que el poeta somete a la realidad. Una realidad reconocible en su vida cotidiana *«cuando duerme el corazón indiferente»*.

Este es un canto *«al nocturnal silencio»*. Su poesía, en su contingencia individual e histórica, se

eleva a dimensiones y tipos de respiración que ya son universales, conscientes de la pluralidad de los significados, que necesitan instalarse en un espacio íntimo donde sea posible escuchar el ruido del mundo y la insuficiencia de la palabra misma.

Y sin embargo, en esta voz lírica vive la tensión poética y el juego metafórico: la especulación de la palabra única: *«El tiempo es como un niño / que habla en sueños. Somos esa migaja / de lenguaje que alcanza la gravedad, el juego de la masa y el volumen».*

Como es evidente, en esta colección del poeta colombiano Arturo Hernández González, la ansiedad del encierro refulge en la masa de las indomables contradicciones de existir —*«Apago la luz del universo / para volver a estar conmigo»*— y los interrogantes que se plantean a la vida y a su significado definitivo se vuelven más urgentes. Y es que, en los versos de este gran poeta encontramos también una premura por la denuncia social que, por lo demás, ha permanecido latente a lo largo de toda su producción escrita: *«Es terrible no temer a equivocarse / al decir que alguien, en algún lugar, / es asesinado simplemente / por haber nacido»*.

Quizás el motivo dominante de estos versos de Arturo Hernández González sea el silencio, aquella forma de comunicación más vibrante que la palabra en sí misma.

Stefania Di Leo

*«Dios ha hecho todo de la nada. Pero la nada
persiste»*

Paul Valéry

En retirada¹

*«Il meurt; ceux qu'il aime meurent; les choses qui
l'entourent meurent
(...) Mais le temps ne fait rien à l'affaire».*

Jean Grenier

 Escribo el tiempo
con los huesos de los pies,
con su soledad vagabunda y sucia
contrahecha de charcas y raíces.
 Tan crucificado llevo
el misterio informulado del destino
que me duelen en la sombra
 los clavos, el óxido,
 el color implacable del olvido.
Pero al menos he aprendido, digo yo,
 a tragar el insulto de la suerte
con el ácido del agua que se cae
por entre las grietas del cielo arrodillado.

¹ Poema ganador del IV Premio Nacional Plenilunio de Poesía 'Leopoldo de Quevedo y Monroy' (Cali, Colombia, 2023).

El mundo es desde siempre
una sola cosa, infinita y pobre,
abreviada bajo nombres rotos.

Nadie está del otro lado.
Todo se sume en reflexiones, párpados
cerrados en cualquier parte del cuerpo,
espumas retorcidas por el sonámbulo
placer de pervivir un algo tras la nada.

A veces creo
que tan solo el amor nos justifica:
Yo he escuchado, por ejemplo,
el metálico sonido de las ratas
en el subterráneo asombro de los días.
Y he pensado largamente el sueño,
la esperanza, la muerte circular de los relojes,
pero siempre me detengo
ante el abismo de luz enceguecida
que tiene por núcleo, en su centro,
el corazón.

Somos un vacío dentro de un vacío,
sospechosamente libres
de entregarnos vida entre nosotros
con un beso, una caricia, una palabra.

El tiempo es como un niño
que habla en sueños. Somos esa migaja
de lenguaje que alcanza la gravedad,
el juego de la masa y el volumen,
la inesperada vocación del habla.

Los países de la medianoche
me duelen como huellas dejadas
sin compromiso. Recojo los pies,
la osamenta querida y maltratada,
para medir con el silencio de la carne
el número de días que me aguarda.

Apago la luz del universo
para volver a estar conmigo.

Lenguajes futuros²

Como quien espera
el ruido de la luz matutina
desde las promesas de la noche,
así mi voz aguarda
su incommunicable levedad sin hechos,
el bienvenido huésped
que desde adentro sana.

El intermitente percutir de la memoria
entra en la voz del sueño;
la besa y la muerde,
patea su eco brillante,
alucina su filo blanco.

El continente dormido
se abre a palabras imposibles.
El lenguaje de los sueños
es el secreto de mis días.

² Poema merecedor de IV Premio de poesía Cezarina Dos Santos Álvarez — Tercer lugar (Uruguay, 2023).

Silenciosa pedagogía:

Para que sea transparente
el movimiento imaginario entre las ideas y los actos,
se precia ejercitar el sueño...

Aún la pesadilla invita
a negativas reflexiones de positivo resultado
cuando duerme el corazón indiferente
al nocturnal silencio.

En germen de futuro
se transforman las imágenes
a las que despierta, con el sueño,
el pensamiento.

Deudas

*«Nombres para despojos que la luz /
omite en sus paseos»*

Eduardo Lizalde

Le debe uno al exilio
esta nostalgia de la máquina materna,
de su palabra
atardecida y amorosa,
de su rincón del alma donde llueve
el corazón, en un lenguaje diferente,
la intermitente perfección del mundo.

Le debe uno a la huida
este dolor cuyo significado
va del individuo al hombre.
Y a la culpa, a la vergüenza, al hastío
le debe uno a veces el rostro que
desde el espejo se rompe si nos mira.

Me pregunto, ¿qué distancia
es síntoma de pensamiento herido?
La fama de Ulises es el regreso, no la travesía.
Nuestra historia es también la tumba de Argos:

Todos regresamos tarde
al sí de las promesas de futuro
que éramos cuando, oscuras
células,
peregrinamos la ciencia vacía
de nuestra catástrofe.

En alta noche, cuando menos duele el
reflejo
y la mitología abandonada
de nuestros personales dioses abolidos,
nos derrota sí el silencio
de la profética flor de las ausencias.

Debe uno al éxodo fortuito,
a la nómada traición de los adioses,
la prosa luminar y sin prestigio,
—que sin embargo señala la victoria—
de seguir estando para volver un día,
de no morir, como animales,
ajenos al inocente abismo del lenguaje.

Vacíos inesperados

«Lanzar, errar el tiro —estamos solos—
y aguardar las heridas bien certeras»

Juan Manuel Rodríguez Tobal

Transforma el deseo la oscuridad en cuerpo.

Yo, otro, rindo el mensaje de mi carne
con el fin de torturar la palabra
menos inocente de mi espíritu.

*Hablan las formas recreadas,
hablan los cuerpos transformados³*

a las afueras de mi tristeza,
donde un animal borra su rastro
imaginando para sí otro pasado.

Nadie llegará jamás a confirmar si existe o no el
mañana

más que por el simple don de saber que falta,
a la obediente arquitectura sospechosa
de todo lo incompletamente vivo,
un infinito mayor al infinito.

³ Versos del poeta español José García Nieto

Ouroboros

Sólo la ceniza concede
algún mérito a la devastación,
al alígero metabolismo de la pérdida
que no bien convierte en cicatriz
la herida, afana ya con nueva sangre
su sed dispersa.

El hambre es metáfora
de las transformaciones, dice el
fuego,
mientras recibe en ecos la muerte de otras
voces;
en inútiles escombros del abismo
las raíces de crepusculares
plantas,
cuyas flores no son más que el fin del mundo,
buscan firmeza y lumbre
pero hallan tan solo humedad y
noche.

Me muerdo la lengua para
quebrar en sílabas

algo del pasado indiferente del lenguaje.
El mundo herido por la
desnudez
de lo que me toca de ingravidez y pesadilla
habla por mi voz como una canción
lejana.

Luz elemental

Con los ojos abiertos
duermo el sueño del lenguaje,
el cansancio puro
de las sílabas
que nada dicen de sí mismas
sino el ruido, el atroz quejido
de las violencias metabólicas del cuerpo.

Sueño, por ejemplo, que llamo a mi madre.
Ha olvidado mi rostro, dice,
pero no el nombre
que titula mi carne como una promesa de ceniza.

Tierra en la tierra:
así interpreto la luz elemental
de la solitaria pregunta de mi voz.

Con los ojos bien abiertos
duermo mi palabra
alucinada en el silencio.

Madrugada

*«Mirabas,
y en tu dolor flotaba el universo»*

Alejandro López Andrada

Vuelve la luz
a masticar el vértigo
que se acumula, sordo,
detrás de mis párpados.

La noche no ha venido a mí.

Otros han depositado el alma
en rincones abruptos del deseo
y en la calma sustantiva, negra,
de la soledad íntima del sueño.

¿Y yo?

Observo este dolor inaccesible.
Enciendo fogatas en mis manos
y me derramo sobre el tiempo
que tarda el sol en hacerse cierto.

La nube,
preñada de grietas invisibles,
descompone el absurdo
con su beso de agua,
con su lengua de húmedos
temblores.

La ciudad imagina al poeta

Las ciudades son el lugar
donde es un crimen vivir despacio.

Dioses sin alma recomiendan
a través de frases implacables
el inexorable don de la fatiga.

Con abrasiva certeza
otros aplauden y viven y se cansan
bajo el símbolo desarrollista
de una sociedad cuyo espectáculo
gruñe en versos el poeta.

El nombre de la luz,
aquí y ahora, es un humo
de incendios inocentes.

Cansancio terrenal

La lluvia ha deshecho
la roja fauna del día
y ha demorado la luna.

Disimulo sobre el papel
un pensamiento inhumano;

los árboles,
esas grandes anclas vivientes
de rocío y estrellas,
gravitan poderosos en los cerros invertidos.

La boca está vacía
y más vacío el corazón. Imprevisto
el blanco arquetipo del sueño
busca en mí un sitio donde derramarse.

Doy la bienvenida a la esperanza,
pero no camino hacia su senda.

Quirófano

La existencia es luz sobrevivida...

lo adivino por la sombra tumoral
que apuñala mis células, dormidas
bien bajo el desgano prometido
por el cloroformo y la morfina.

Aprovecho para situar ahora mi extravío
en los peces de sangre que copulan en mis venas
y en la semilla y el árbol y la astilla
de mis huesos que, como un amén
de calcio, desprecian la saludable
levedad del aire...

Entierro mi oído en arqueologías sin recuerdo:
Y escucho el óvulo lastrado por el amor;
los nueve meses que duró un dios incierto
hilando carne sobre hueso, voz en la palabra.

El hospital es todo esto que,
contenido en mis ojos, se dilata y se extingue.
La perfección del silencio presta gravedad

a la advertencia de las pérdidas
que mi corazón amistoso
deposita en el espanto.

¿Y la prosperidad de mi palabra?
Amortigua el cansancio de la lentitud,
de las múltiples manos de la humillación,
pero nada más...

Del sueño al mundo
gotea lentamente mi cuerpo. La luz
exige en sacrificio la oscuridad
de éteres privados, de confines
menores a la carne insólita y
despierta.

Persuasión de angustia

El sol zozobra en nubes negras.

Paladeo café y el milagro
de poder marcharme, de hacer
otra cosa con el aire que respiro:
el amor, el odio, la escritura, la huida.

Dispongo todavía de un consuelo:
mi alma, deliberada y simple, observa
el nacimiento de las destrucciones
sin participar del colateral ludibrio
que tanto anhela el miserable.

La situación es crítica, revelan los corresponsales,
pero nada que no hayamos visto antes.

Después de todo: las heridas
más profundas no comportan
una esperanza más alegre
que la muerte, dicen.

¿Y los mercenarios?

Esconden el crimen de las manos
en sus manos; en el ojo que guardan
en sus ojos responsables de genocidios,
violaciones y blandos golpes duros, no
esperan bala redentora sino impunidad.

Si Dios nos favorece, dice alguno,
pronto se firmará el armisticio pues
no queda casi nadie a quien matar.

San Andrés

*«En adelante
tendrás más cerca la alegría»*

Ai Qing

En la playa se suicidan
los epigramas de la espuma.

El aire
en que vivió el ala enjaulada
inunda mi pecho como un destino equivocado.

Y empujo mi vocación
de vacío hacia este mundo
concebido en pocos términos,

en fechas luminosas que,
hundiéndose en los años,
sirven para reparar (o no)
las fracturas del pasado:

Como las del semen cansado de doler
los accidentados días
de los hijos muertos en la guerra.

La omnipotencia del alfabeto
ante la desmesura del silencio.

Los incognitos continentes de basura,
sin otro anclaje que su marginal origen
de salobres derivas.

La zozobra del fluido elemental que
somos,
que es todo lo que frágilmente
se confunde con el tiempo
con la nada.

Soy aquí como este charco enamorado
de la nube que en su agua se refleja.
La arena será mañana una promesa
bajo la negra pleamar del astro ciego.

Gambito

Imaginas en la carne
el dibujo de mi sangre madura,
el arterial cansancio de mi vida,
cuando me escuchas suspirar
después de haber rendido al amor
el rojo fluido de menores dioses:
Soledad, Nostalgia, Deseo.

Me parece ahora cierta la consigna:
dejar de luchar es empezar a morir...

El ruido de cosas pasadas
se apresura a combatir el silencio.

De una estrofa de pequeñas tumbas
oigo salir un grito de amor en prosa.

No tengo hijos en mi interior,
ni prisioneros, ni locos, ni peregrinos.

Sabes lo que hay antes
del color de la camisa y la corbata, amor.

Sabes lo mal que sueña al mundo
nuestro infierno ordenado en días grises.

Aquí me tienes:
el cuerpo desnudo, desahogado
de la costumbre de la ropa...

...como un punto de ausencia,
en la hipérbole líquida del tiempo
de los amores inalámbricos.

Cosa que la noche apaga

Todo lo que regresa del olvido
se humilla en mí,
en mi voz acostada junto a la mujer que amo.

El habla sufre
las limitaciones del cortejo. Pienso mejor
por escrito, me digo, y abrazo
el cuerpo desnudo
que duerme todavía
tenebrosamente despierto.

Manuscrita criatura:
alegría de los deseos simples;
memoria mía,
fenómeno tácito que
confronta el presente
con su sermón de cuchillos.

Su nombre todo
dentro de mi boca respira
como un dibujo
hecho de letras y de comas.

Su mano le toma el pulso
a mi ángel de carne moribunda...
Y desaparece en mí lo que era frágil
de las cosas: el anís rojizo de la cama,
la azul penumbra; su propio monstruo de belleza.

No terminaremos juntos.
Yo lo haré primero; tal vez ella.

¿Qué del placer sobrevive
a los adioses del deseo?

¿Qué palabra colateral
da nombre al Vacío después del *amour*
abandonné entouré d'abandon?

Descripción en Re menor

Desplazas la maldición retórica
al espacio de tu alma donde
la compasión es una grieta severa,
como la de la fractura
que te produjo la caída de la noche,
de la resignación, de la derrota.

El rincón que estornuda
una infrecuencia polvorosa, es tu sitio.
Ahí te detienes a columpiar
la postura ensombrecida por los tiestos
con los que has llenado, de a pocos,
tu pocilga ética.

Acomodas la cámara. Disparas.
La instantánea denuncia salud,
a pesar de la vejez y la transfusión de negrura
que el más reciente electrocardiograma
te heredó, gratuito,
como un regalo para tu hipocondría.

Paz degenerada.

Abro la tarde

Respiro la oscuridad primera
derramada sobre la calle exigua
que se extiende desde mi ojos
hasta la brusca línea de la mar.

Tus palabras de amor, ahora,
son como las golondrinas
que se estrellan en la noche
contra faros equivocados
de un dolor ultramarino.

Sin coordenada, perdido, solo
el corazón naufraga sustantivo
en la nada insólita del agua.

Desde aquí ensayo soledad:
estudio la magnitud que amenaza
con desvivir de golpe el tiempo,
como si la gravedad me muriera
con una mecánica suicida.

Vestigios imantados

Intento entender la pesadilla económica,
el rastro de huesos que deja tras de sí
y que no logra lavar la lluvia de la historia.

El erosionado rugir de las terracotas
sumidas en la barbarie de siglos
sin inercia ni revolución. Toso
lentamente el idioma de mis perplejidades.

Pienso que escribo
para convencer de mi existencia
a las palabras que me usan en su asombro.

Me dirijo a la Historia,
a su atrocidad inmarcesible, con preguntas
magnéticas. ¿Servirá de respuesta
el óxido que va acumulándose sobre mi boca?

¿Comedia humana?

Este mundo exige
la paciencia del aire,
de lo que se rasga
contra el idioma filoso
de las cancelaciones...
¿No es verdad acaso
que la sangre de los olvidados
llena apenas segundas páginas
de periódicos sin ética?
...Una luz se tuerce en el vacío
de esta noche laberíntica y yo
aplazo el sueño con palabras.
Las luces que, lejanas, dudan
en medio de la civilización dormida
son las de manicomios y cárceles.
Nadie habita mi paz ausente.
Es terrible no temer a equivocarse
al decir que alguien, en algún lugar,
es asesinado simplemente
por haber nacido.

Luz civilizatoria

La mañana entra entera en la tarde
como en un ataúd hecho a medida.
El cuerpo renuncia al llamado del destino
en la profunda oscuridad de uno mismo.
Se le asignan al dolor tareas inútiles
y fuegos confundidos con el amor.
Es necesario enterrar el grito
como una campana quebrada,
sólo para desenterrarlo luego.
En la ceniza de los cigarrillos
picotea el ave áspera del viento
las promesas del cáncer y la asfixia.
En los íntimos espejos de las casas
suceden cosas secretas, profundas,
diferentes radicalmente del hecho
intransigente de la Historia relatada.

Presagios del insomnio

Naufrogan en mis ojos, como la esperanza,
las pupilas y su dormido asombro. Hierve
el silencio bajo los párpados. Y aparece
de pronto, de nuevo, la criatura humana
llevándose a la boca
trozos de una luz rechazada.

Llueve todavía
dentro del cuerpo de mis sueños;
si adelantas el rostro
entre la piel onírica de la penumbra,
podrás verlo.

Arturo Hernández González



(Bogotá D.C.) Poeta, traductor y docente colombiano, especialista en pedagogía universitaria. Su obra ha sido premiada e incorporada en publicaciones de importantes medios culturales y literarios nacionales e internacionales, así como traducida al italiano, rumano, búlgaro, francés, inglés, griego y albanés. Es autor de obras como *Olor a Muerte* (2011; 2012) y *Breviario de lo incierto* (2017; 2024). Dirige desde hace más de una década la Revista internacional de cultura y artes *Noche Laberinto*.

Índice

Presentación	2
Prefacio	5
En retirada	10
Lenguajes futuros.....	13
Deudas.....	15
Vacíos inesperados.....	17
Ouroboros	18
Luz elemental.....	20
Madrugada.....	21
La ciudad imagina al poeta.....	23
Cansancio terrenal.....	24
Quirófano.....	25
<i>Persuasión de angustia</i>	27
San Andrés	29
Gambito.....	31
Cosa que la noche apaga.....	33
Descripción en Re menor	35
Abro la tarde	36

Vestigios imantados.....	37
¿Comedia humana?.....	38
Luz civilizatoria.....	39
Presagios del insomnio	40
Arturo Hernández González.....	41



Título: Presagios del insomnio

Autor: Arturo Hernández González.

Edición digital Hoja en blanco. Diciembre, 2024.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

